

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

—————
Cuaderno 33 de ocho entregas
—————

MADRID

JOSÉ ASTOR Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2249

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS—MADRID

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

EN 2 TOMOS

ENRIQUE PÉREZ ESPINOSA

ESTRADA CON LAMINAS TIRADAS A VAPOR Y DIBUJADAS

EN

D. Basilio Planas

Cuaderno 23 de ocho entregas

MADRID

JOSE BATISTE Y COMPAÑIA EDITORES

Calle de las Hilerías, número 14

1873



—¡Beatriz!... ¡tú vienes por mi vida! ¡pues bien, yo voy á dártela!...

—Yo no tengo más voluntad que la tuya; hablemos de lo que quieras.

—En primer lugar, y para enseñarte á tener confianza con los que bien te quieren, comenzaré por decirte que Daniel y yo hemos descubierto el secreto que tan avara guardas en tu corazón.

—¡Ah!... si continúas por ese camino, estoy segura que me muero de vergüenza.

—Cuidado con lo que dices, Blanca, porque yo creo que ninguna muchacha debe avergonzarse de ver á un jóven como Daniel.

—De ninguna manera; pero como Daniel no puede amarme...—añadió ingenuamente Blanca.

—¡Que no puede amarte!... ¿Y por qué razón?...—preguntó Clotilde.

—Porque yo no soy digna de su amor; por eso le amo en secreto, y Dios sólo sabe las lágrimas que me ha costado la imprudencia de mi hermano.

—Querida Blanca, la historia está llena de pasajes, en que las pastoras llegaron á reinas.

—Aquellos tiempos pasaron,—contestó sonriéndose Blanca.

—Es verdad; pero Daniel no es rey.

—Sin embargo, merecía serlo.

—Si estuviera en nuestras manos darle una corona... pero nos separamos de la cuestión: tú amas á Daniel, y Daniel lo sabe; del mismo modo que yo no ignoro que tu hermano Julio me ama. A pesar de ese amor, que es de suponer que inflame vuestros corazones, os habeis portado con una nobleza digna de todo elogio; de

esto hemos hablado mucho mi hermano y yo, admirando vuestro comportamiento.

—¡Por Dios, Clotilde!...

—Sí, voy á hablar de otra cosa; pues veo que te molesto. Voy á hablarte de un proyecto de viaje.

—¡Cómo!... ¡separarnos otra vez!...

—No, querida, porque quiero que me acompañes.

—¿Y adónde?

—No muy lejos de Madrid.

—Si mi madre lo consiente...

—No creo que me niegue ese favor, cuando yo se lo pida.

—Mi madre no puede negarte nada.

—Pues como iba diciendo, haremos el viaje juntas; pero como nuestros pocos años y nuestro estado de solteras reclama ciertas precauciones, nos acompañará la buena de doña Mercedes.

—¡Pero, Dios mio! ¿dónde quieres que vayamos?— preguntó algo inquieta Blanca.

—Ya suponía que lo habías adivinado; iremos á buscar á Daniel.

—¿A Horche?

—Precisamente.

—Pero tienes una gran necesidad de que yo te acompañe.

—Ya lo creo.

—¿No seré un estorbo para vosotros?...

—¡Estás loca! yo te necesito para que me ayudes á convencerle á que deje el destierro voluntario que se ha impuesto.

—Bien, bien; yo haré lo que tú quieras, lo que tú me mandes.

—Todo lo tengo dispuesto,—añadió Clotilde, acariciando una de las manos de su amiga.—Tomaremos un departamento reservado en uno de los coches de primera, y de este modo llegaremos hasta Guadalajara sin que nadie nos moleste. Como desde Guadalajara á Horche creo que hay tres leguas, dos días antes de nuestra salida de Madrid mandaré un coche de casa para que nos espere en la estacion. De este modo iremos perfectamente: ¿qué te parece mi plan?

—Que está admirablemente combinado.

—Nada pienso decirle á Daniel, y su sorpresa va á ser grande cuando nos vea entrar por las puertas de su retiro. Quedamos, pues, convenidas en que tú me acompañarás.

—Yo haré lo que tú quieras.

Y como Clotilde observara que las manos de su amiga se estremecian entre las suyas, añadió:

—¡Pero, Dios mio! ¡estás temblando!... Vamos, tranquilízate: aún no estamos en presencia de Daniel.

Y Clotilde, como si quisiera dar alguna trégua al intranquilo espíritu de su amiga, se levantó del sofá, fué á sentarse en el taburete del piano, y dijo:

—Vamos á ver, siéntate al órgano, y toquemos á duo el Ave María de Gounod.

Aquella ocurrencia de Clotilde fué, por decirlo así, un respiro para la tímida Blanca.

La música sublime del maestro alemán reemplazó á las emociones del tímido amor de Blanca.

Pero Blanca, conmovida con la conversacion que acababa de tener con su amiga, estaba torpe, lo que hizo reir á Clotilde.

—¡Qué mal tocas hoy, Blanca!—le dijo.

—Sí, estoy muy torpe.

—Busquemos, si te parece, otra música ménos sentida, ménos precisa que *El Ave María*.

—No, no; yo procuraré afinarme.

—Vamos á verlo.

Y volvieron á comenzar la sublime melodía religiosa de Gounot.

CAPÍTULO VIII

Un democrata de sangre azul

La revolucion francesa, el año mil setecientos noventa y tres, tuvo una razon de sér; porque en Francia, la nobleza y el clero disfrutaban de privilegios irritantes, que barrió con sangriento empuje la idea democrática.

España, por el contrario, ha sido siempre el país democrático por esencia; pues apenas se encontrará un noble, que no tenga por amigos íntimos á los artistas y á los toreros.

El espíritu de libertad y de franqueza flota en nuestra atmósfera, y si los gobiernos no fueran siempre tan malos como ineptos, y tan ineptos como anti-patrióticos y egoistas, España seria el país más dichoso del Universo.

Una nacion que hace cien años que se halla devorada por la guerra civil, por las terribles luchas de

partido; un pueblo que se mata diariamente buscando el bello ideal, y que á pesar de tanta sangre vertida y tanta ruina, el proletario come pan blanco y nunca se oye decir que se ha muerto de hambre un pobre, tiene indudablemente condiciones para ser feliz, y si no lo es, la culpa no es del pueblo, tan bueno como sufrido, sino de sus gobernantes, que desconocen por completo la abnegacion y el patriotismo.

El incorruptible Robespierre hubiera tratado á la mayor parte de los políticos españoles de pequeños ambiciosos, y encogiéndose de hombros, hubiera dicho:

—El hombre que no posterga su ambicion á la idea que germina en su mente, no sirve para hacer una revolucion. El enemigo que puede comprarse con oro, no es temible. Yo fui dueño de Francia, y continué siendo huésped de un pobre carpintero, sin tener nunca cien francos míos.

Pero, en fin, la naturaleza ha querido que así seamos, y así anda ello.

Volvamos, pues, á la democracia de la gente de sangre azul de nuestra tierra.

El duque de San Plácido, á quien indudablemente no habrán olvidado nuestros lectores, era un noble que tenia la democracia encarnada en el corazon.

Franco, afectuoso, modesto, amante de las artes, más orgulloso con su credencial de sôcio de la Academia de Santa Cecilia de Roma que con su título de duque, recorria el mundo buscando un poco de gloria para satisfacer sus aspiraciones de artista.

El duque de San Plácido habia compuesto una ópe-

ra. Esta ópera habia tenido un gran éxito en un teatro de los principales de Berlin, y se la habian pedido en el de la Scala de Milan. Y toda la ambicion, todas las aspiraciones del aristócrata artista, se hallaban satisfechas.

El sol de la patria no se olvida nunca; se ama siempre, y nos parece el más bello, el más hermoso; por eso el duque, antes de ir á Italia á pasar el invierno para poner en escena su ópera, creyó muy del caso hacer una visita á Madrid.

Jóven, rico y con un carácter desprendido y simpático, todos codiciaban su amistad.

El mismo dia de su llegada á Madrid invitó á algunos amigos á almorzar, y nosotros vamos á encontrarlos en un elegante comedor, reunidos en torno de una mesa, alegres y felices.

Entre los convidados del duque, se hallaba Ernesto.

El duque, que si mal no recordamos, se llamaba por nombre de pila Alvaro, presidia la mesa.

Sus convidados eran veinte.

Todos jóvenes, y sin preocuparse por el porvenir que sus padres se habian tomado el trabajo de asegurarles, comian con buen apetito, entre las carcajadas y los epigramas.

Cuando llegaron los postres y con los vinos generosos creció la animacion, el duque de San Plácido cogió una copa, y levantándose, brindó por el universal y divino arte de Mozart, gran maestro, á quien él colocaba en el número de las divinidades.

—Señores,—dijo Alvaro, dirigiendo en derredor

suyo su mirada inteligente y levantando la copa,— yo brindo por la divina música, por ese arte de los sonidos que sabe conmover el alma, que nos arranca gritos de entusiasmo y hace asomar á nuestros ojos lágrimas de ternura. Yo no comprendo otra nobleza que la del génio. Si todos vosotros, hijos predilectos de la fortuna, comprendiérais la inmensa satisfaccion que produce un momento de gloria, estoy seguro que trocaríais vuestros pergaminos por la corona del poeta, del músico, del pintor, del artista.

—La corona del génio, querido duque,—dijo uno de los convidados,—suele ser muchas veces de espinas; yo tengo la epidermis de la frente muy delicada.

—Porque tú, querido marqués,—añadió el duque,—no has sentido nunca inflamarse tu alma por el fuego de la inspiracion!

—Prefiero que se inflame por el fuego del amor.

—¡Que calle el profano!—gritó otro convidado.

—¿Quién me manda callar?—añadió el marqués;—aquí nos hallamos reunidos en una asamblea de hombres libres, y se pueden emitir todas las opiniones, hasta las más absurdas, puesto que ya los vapores del vino inflaman nuestra mente. Para mí la verdadera felicidad consiste en no hacer nada. La amiga más predilecta y más querida de mi corazon, mi verdadera musa, es la pereza.

Algunos convidados brindaron con el marqués; otros, capitaneados por el duque, rechazaron el brindis, soltando una ruidosa carcajada.

—¡Pido la palabra!—exclamó Alvaro.

—La tiene nuestro anfitrión,—contestaron algunas voces.

—Señores,—repuso el duque,—mi amigo el marqués acaba de demostrarnos la decadencia de su noble prosapia, abrazándose casi desfallecido á la soñolienta pereza. Vedle; apenas hace veinticinco años que se inscribió en un libro parroquial su fe de bautismo, y ya el cansancio de la vejez se posa en sus ojos y las arrugas de la ancianidad cruzan su frente. Compadeceadle; se encorva sobre la tierra en busca de la sepultura en que para siempre se ha de enterrar su cuerpo; porque nada hace vivir tan de prisa á los hombres como la pereza, ni nada consume tanto como la inacción.

—¡Protesto!—exclamó el marqués hostezando.

—No he concluido.

—El darnos de comer no te autoriza para monopolizar la palabra.

—Cierto, pero los estómagos deben ser agradecidos. Continúo, pues, mi discurso, que terminaré en breves palabras, dándote un buen consejo. Ahí tienes á Ernesto de Labra, procura imitarle. Indudablemente ha descubierto el célebre elixir de Richelieu; pues al volver de Alemania lo he encontrado más joven, más rejuvenecido, y hasta más hermoso que como le dejé al salir de Madrid.

—¡Ah! querido duque; tú, á pesar de ser autor de una ópera, que te dará fama inmortal, parece ser que desconoces que el oro rejuvenece y hermosea al individuo que lo posee, y el barón de Labra está amenazado

en la actualidad de ser uno de los hombres más ricos de España.

—He celebrado siempre la prosperidad de mis amigos, y con los derechos de la amistad y de la franqueza del Champagne, me atrevo á preguntar á Ernesto: ¿en qué consiste la gran metamorfosis que ha sufrido su fortuna?

—Sencillamente, querido duque, en que ha llegado un tío que tenia en Indias.

—Y ese tío,—añadió el marqués,—se ha tomado la molestia de reunir una fortuna colosal, y como no tiene más herederos que á Ernesto, y además su tío es muy viejo y solo en el mundo, el día ménos pensado os encontrareis agradablemente sorprendidos de que el baron de Labra os convida á un gran almuerzo para celebrar la muerte de su tío.

—Querido marqués, si yo no tuviera la costumbre de concederle al Champagne lo que le pertenece, casi tendria derecho á enfadarme por tus palabras.

—Harías muy mal,—añadió el marqués, encogiéndose de hombros;—porque tu enfado sólo podria proporcionarnos un disgusto á los dos y un mal rato á nuestros amigos.

—Dices muy bien; á los postres de un buen almuerzo, no debe uno ser susceptible.

—Y mucho más cuando nos conocemos,—repuso maliciosamente el duque de San Plácido.

—Tengo que daros otra noticia. Alguno de vosotros tal vez la sepa; pero, en fin, yo la doy para los que la ignoren,—añadió el marqués.

—¿Y qué es ello?—preguntó uno de los convidados.

—El próximo casamiento de nuestro querido amigo el baron de Labra con la encantadora hija del general Lostan.

—¿Cómo! ¿qué es eso? ¿se casa Clotilde?—preguntó el duque.

—Puesto que el marqués, gracias al Champagne, se propone hoy contar lo suyo y lo ajeno,—repuso Ernesto,—yo diré con la franqueza que me caracteriza, que he pedido la mano de Clotilde, y espero que á fuerza de merecimientos se me crea digno de ella y se me conceda.

—Y para entonces,—volvió á decir el marqués,—nuestro amigo Ernesto abrirá á la elegante sociedad de Madrid sus salones, teniendo nosotros los desocupados un nido más donde refugiarnos durante las largas veladas del invierno.

—¿Quién lo duda! No es mi ánimo casarme para huir de la sociedad y entregarme de lleno á las delicias de Himeneo.

—Querido baron,—dijo el duque,—cuando se reúnen en derredor de una mesa algunos amigos como nosotros, debe reinar la mayor franqueza, y yo, á propósito de ese casamiento en proyecto, aunque acabo de llegar del extranjero y no he tenido el gusto de ver á la marquesita del Rádio, creo que no es fácil que se realice.

—Hola, ¿tienes tú pretensiones á la mano de esa joven?—preguntó el marqués.

—No, pero me precio de ser un leal amigo suyo, y

si mal no recuerdo, estaba enamorada de un jóven tan modesto como simpático.

—Esos amores concluyeron, querido duque. La noble y orgullosa marquesa del Rádío no hubiera consentido nunca en dar la mano de su hija á un jóven, que además de ser pobre, ignoraba hasta los nombres de sus padres.

—Sin embargo, ¿quién ignora que el amor hace milagros?

—Es que aquellos amores concluyeron, como he dicho antes.

—¿Tiene usted completa seguridad en lo que dice, baron?

—Completísima.

—Entonces no cuestiono, y digo como el célebre autor de *La Vida es sueño*: demos tiempo al tiempo.

La conversacion de aquellos alegres jóvenes continuó en un sentido tan vivo, tan animado, que no seria prudente consignarle en estas páginas.

Cuando la juventud almuerza bien y bebe mejor, el vino de los postres derrama una alegría, que no es siempre conveniente ocuparse de ella en un libro.

Terminado el incidente de Clotilde de Lostan, se habló de dos ó tres señoras del gran mundo, cuyas historias amorosas corrieron de boca en boca amenizadas con chistes de subido color.

Algunos amigos indicaron al duque el deseo de oír algo de su última obra musical; pero el duque, que sabia que no se hallaba entre una reunion de artistas que pudieran apreciar su trabajo, se excusó diciendo que el

estado de su cabeza no era el más á propósito para sentarse al piano.

—Eso es un modo ingenioso de llamarnos borrachos,—dijo el marqués.

—Hace bien el duque,—añadió Ernesto;—no están vuestras cabezas para oír música seria.

—Entonces ruego á mi amigo el vizconde del Cisne que cante algo bufo de lo que le enseñó en sus ratos de ocio su querida la suripanta Marieta.

—He tronado con ella, y he olvidado todas las malas cosas que tenia la costumbre de enseñarme,—contestó un jóven flaco é imberbe que fumaba un inmenso tabaco habano, indolentemente reclinada la cabeza en una butaca.

.

A la caída de la tarde, todos aquellos alegres y desocupados jóvenes se despidieron de su anfitrión, ofreciéndole asistir á la primera representacion de su ópera, y aplaudirla con estrépito.

Cuando el duque se quedó solo, una sonrisa de desprecio asomó á sus labios, y murmuró en voz baja estas palabras:

—Son tan superficiales como siempre. Ofrecen aplaudir mi obra sin conocerla, como si á mí me satisficiera un éxito concedido, más que á mi talento artístico, á la habilidad de mi cocinero.

Y recordando entonces lo que se habia dicho respecto al proyectado casamiento del baron, añadió:

—Es imposible que Clotilde acepte la mano de Er-

nesto. Ella tiene un alma demasiado artística, demasiado elevada, para que acepte la union con un hombre tan pervertido como el baron de Labra; pero como la mujer es un problema que no se define tan fácilmente, bueno será que yo, que me precio de ser un leal amigo de Clotilde, le prevenga á tiempo de los peligros que puede correr si se realiza su union con Ernesto.

Y el duque, tirando del llamador de la campanilla, dijo á su ayuda de cámara:

—Cándido, vamos á mi gabinete; tengo que hacer una visita, y me ayudarás á vestirme.

A Blanca, por su parte, le agradaba la conversacion del duque, porque era tan músico como ella, y es imposible que dos almas, verdaderamente apasionadas por la música, se aproximasen sin simpatías.

El duque solía decirle para sí:

—Cuando Blanca de Monforte se sienta al órgano, yo creo adivinar algo en su hermoso semblante que no pertenece á la tierra, que es puramente del cielo; algo que está sobre la prosa de la vida, sobre el materialismo de la humanidad. Su inspiracion es tan poderosa, en ternura y sus sentimientos son tan elevados, que el órgano bajo la presion de sus dedos transmite al alma

Una agradable sorpresa

El duque de San Plácido, como hemos dicho otras veces, tenia una verdadera alma de artista. Para él, los pergaminos y la riqueza eran muy poca cosa al lado del génio.

Su corazón latia por el arte y para el arte, y estrechaba la mano con más placer á un músico, á un pintor ó á un poeta, que á un príncipe, como el príncipe no fuera un hombre de talento.

En su viaje á Alemania, no habia olvidado á una mujer tan hermosa como modesta, á quien él tenia la costumbre de llamar la musa de la música. Esta mujer era Blanca de Monforte, cuya inspiracion y ternura musical habia admirado más de una vez el duque de San Plácido.

Nuestros lectores no habrán olvidado, que el duque habia conocido á Blanca en casa del general Lostan, sintiendo por ella grandes simpatías.

A Blanca, por su parte, le agradaba la conversacion del duque, porque era tan músico como ella, y es imposible que dos almas, verdaderamente apasionadas por la ritmopea, al aproximarse no simpaticen.

El duque solia decirse para sí:

—Cuando Blanca de Monforte se sienta al organo, yo creo adivinar algo en su hermoso semblante que no pertenece á la tierra, que es puramente del cielo; algo que está sobre la prosa de la vida, sobre el materialismo de la humanidad. Su inspiracion es tan poderosa, su ternura y sus sentimientos son tan elevados, que el órgano bajo la presion de sus dedos trasmite al alma sensaciones inexplicables, muy parecidas á las que debieran sentir los dioses oyendo al divino Orfeo. ¿Qué maestro ha enseñado á Blanca? Su génio, su corazon. Su alma nació templada para sentir y hacer sentir. Ella es como los ruiseñores, que exhalan torrentes de armonía sin darse cuenta de ello, porque Dios, en su infinita bondad, quiso que así sucediera.

El duque habia tributado muchos elogios á Blanca oyéndola tocar el órgano, y Blanca oia estos elogios con la sonrisa de la modestia en los labios y el rubor en la frente.

El duque se vistió el dia que nos ocupa, con más esmero de lo que tenia por costumbre.

Aunque jóven y rico, no rendia un gran culto á la moda; pero su mismo abandono le hacia parecer más elegante.

Terminado su *toilette*, cogió dos ejemplares de su ópera para canto y piano, lujosamente encuadernados;

escribió en la primera página de uno de ellos: *A Blanca de Monforte, como un recuerdo de amistad y aprecio, dedica este ejemplar,—El Autor.*

Y puso en el otro: *A Clotilde de Lostan, su leal amigo,—Alvaro.*

Luego mandó á su ayuda de cámara que llevase el ejemplar que habia firmado para Blanca á su casa, y cogiendo él el de Clotilde, salió de su habitacion.

El duque habia mandado que enganchasen un coche, y pocos momentos despues se hallaba en casa del general Lostan.

Preguntó por la marquesa del Rádio, y fué introducido en su habitacion.

Le hizo una visita corta, verdadera visita de cumplido. Habló un poco de Alemania, otro poco de música, y pidió permiso á la marquesa para ver á Clotilde y darle el ejemplar de su ópera.

La marquesa mandó una doncella á enterarse si Clotilde podia recibir al duque.

Clotilde se hallaba con Blanca y doña Mercedes.

La marquesa le dijo:

—Como supongo que ustedes tendrán que hablar mucho de música, y yo soy muy profana en esa materia, luego iré á reunirme con ustedes.

Y luego añadió, dirigiéndose á su doncella:

—Acompañe usted al señor duque al gabinete de mi hija.

Cuando Alvaro llegó junto al portier de la habitacion de Clotilde se detuvo, demostrando el verdadero asombro que sentia.

Allí, detrás de aquella cortina de terciopelo, se oían los acordes y melodiosas notas de un piano y un órgano.

Esto indudablemente no hubiera llamado la atención del duque; pero lo que sí le causaba tanto asombro como alegría, era que aquel órgano y aquel piano tocaban con admirable maestría una serenata del segundo acto de su ópera, que se había aplaudido con estrépito en Alemania.

Clotilde y Blanca estaban allí. Ellas indudablemente eran las que ejecutaban la inspirada composición del duque de San Plácido.

La doncella iba á extender el brazo para levantar el portier y anunciar al duque, cuando este la detuvo, indicándole con un gesto que no interrumpiera á las dos profesoras.

En la vida se disfrutan tan pocos momentos de placer, que cuando se llega á conseguir alguno, el hombre sábio debe prolongarlo.

En aquel momento, el duque de San Plácido experimentaba un gozo inefable. Su música había llegado á España, y los aficionados al arte de Beethoven no se habían mostrado, al parecer, indiferentes ante la inspiración del aristocrático autor.

Pocos momentos antes de terminar la serenata, en una de las frases más brillantes de la composición musical, que ejecutaron con gran maestría Clotilde y Blanca, el duque no pudo contenerse, y se aplaudió á sí mismo, batiendo las palmas y pronunciando algunos ¡bravos! con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando entró en el gabinete, sin esperar que lo

anunciaran, Clotilde se reía á carcajadas, Blanca se sonreía tímidamente, y doña Mercedes, sentada en una silla, permanecía impassible.

—No puedo ménos de aplaudir,—dijo el duque,—la agradable sorpresa que ustedes me han preparado. Confieso que tengo todas las debilidades de un artista, y me ha sorprendido oír mi serenata en España, cuando yo creía que mi ópera no era conocida en mi patria.

—Pues ahí verá usted, señor duque,—repuso Clotilde,—como el hombre está sujeto á grandes errores. Yo leí en los periódicos el éxito que la ópera titulada *El Monte Sinai*, escrita por el duque de San Plácido, habia tenido un gran éxito en Berlin, y como me honraba con la amistad de su autor, encargué que se me remitiese el primer ejemplar, y aquí lo tengo sobre mi piano hace algunos días. Esta mañana ha venido á verme mi amiga Blanca, hemos repasado juntas la partitura, y verdaderamente impresionadas con la serenata del segundo acto, nos hemos puesto á tocarla de repente. Cuando ya comenzábamos á leerla con alguna facilidad, se nos interrumpió para anunciarnos que el duque de San Plácido deseaba vernos, y entonces dije: «Pues bien; le recibiremos tocando la serenata de su ópera.» Hemos rendido, pues, un corto tributo al génio y á la amistad del autor.

—Yo confieso, que al oír tan admirablemente interpretada la serenata de mi ópera, he experimentado uno de los momentos de placer más grandes de mi vida.

—Nosotras, sin embargo, deberíamos estar alta-

mente ofendidas con el autor de la ópera *El Monte Sinaí*,—añadió Clotilde.

—No comprendo la causa de ese enojo.

—Porque debió remitirnos el primer ejemplar de su partitura.

—He querido ser yo mismo el portador de ella, y hé aquí una prueba irrecusable.

Y el duque puso en las manos de Clotilde el ejemplar.

—¡Ah, está elegantemente encuadrado! Doy á usted las gracias, señor duque, por su galantería, y reclamo otro para mi amiga Blanca.

—Siento haberme anticipado á los deseos de usted,—repuso Alvaro sonriéndose.

—¿Cómo?

—Porque he remitido un ejemplar exactamente igual á este, á casa de la señorita Blanca, con mi ayuda de cámara.

—Me confieso vencida, y conozco que es muy difícil encontrarle á usted en una falta de amistad. Hablemos, pues, un poco de música y otro poco de Alemania, de ese país de las tradiciones, de las baladas y de los hombres formales.

—Si yo no fuera español, me gustaría ser alemán.

—Hé ahí un rasgo de patriotismo exagerado, que haría reír á los graves compatriotas de Goëthe.

—Es que es preciso tener en cuenta, amiga Clotilde, que en el mundo, los que hablan peor de España son los españoles; pero usted también ha estado en Suiza, según acaba de decirme la marquesa.

—Sí, he permanecido una corta temporada en las orillas del lago Lemán.

—¿Y estaba muy animada aquella colonia de extranjeros?

—¡Ah, duque, si supiera usted qué vida tan retirada y tan pacífica he hecho en Suiza! Mi padre tuvo el capricho de alquilar el famoso palacio de Diodetti, y allí hemos vivido entre las brumas del lago y los recuerdos de lord Byron.

Durante este diálogo, Blanca no había pronunciado ni una sola palabra.

Oía con la sonrisa en los labios las que pronunciaban sus amigos.

—Vamos á ver, duque, ¿quedó usted satisfecho de la ejecución de su ópera?

—Completamente satisfecho. Dí mi partitura con bastante miedo: creía una ópera, un trabajo de demasiada importancia para mis fuerzas. La leí, y consulté con cierto temor á algunos amigos inteligentes, y se empeñaron en ponerla en escena. Dentro de algunos dias partiré para Italia, pues se está ensayando mi partitura en el teatro de Scala de Milan. Pero ¿no cree usted, Clotilde, que me he vuelto muy egoísta?

—Egoísta; ¿y por qué, duque?

—Porque desde que he entrado en este gabinete no he hecho otra cosa que ocuparme de mi persona, y yo desearia que habláramos un poco de ustedes. Durante mi viaje me he acordado tantas veces de nuestros modestos conciertos.

—Nosotras también, por nuestra parte, hemos re-

cordado esos conciertos, echando de ménos á nuestro ilustrado compañero el duque de San Plácido.

—Clotilde, ¿me cree usted un buen amigo suyo?—
dijo Alvaro.

—¡Oh! ¿quién lo duda?

—¿Un hombre franco?...

—¿Pero á qué viene esa pregunta?

—Porque me han dado una noticia, que no he querido creer.

—¿Y qué noticia es esa?

—Dicen los desocupados de Madrid que la encantadora Clotilde de Lostan se casa con el baron de Labra.

—En esa noticia hay tanto de verdad como de mentira.

—A ver, á ver; explíqueme usted ese contrasentido.

—Hay de verdad, que el baron de Labra ha pedido formalmente mi mano; pero es cierto tambien, que yo formalmente se la he negado.

—Entonces, con la franqueza que me caracteriza, doy á usted la más cordial enhorabuena.

—¡Ah! si le oyera á usted el baron, tendria motivos para ofenderse.

—Le conozco hace mucho tiempo, y sé que es un jóven poco escrupuloso. Precisamente hoy hemos almorzado juntos, y siguiendo un impulso de mi corazon, he asegurado que usted no le concederia su mano.

Y el duque, bajando la voz, añadió:

—Porque recordaba á otro pretendiente.

—¡Ah! sí, á Daniel,—añadió Clotilde, sin impor-

tarle nada pronunciar este nombre en voz alta;—Daniel ya no es mi amante, es...

Clotilde se detuvo, y dirigiendo una mirada á su amiga, añadió, sonriéndose tristemente:

—Es... mi hermano del corazón, mi amigo íntimo: un hombre que no será nunca mi esposo, que ha dejado de ser mi amante; pero á quien amo con toda mi alma.

Y como Clotilde observase el asombro marcado en el semblante del duque, añadió precipitadamente:

—Esta es una historia, que tal vez algun día pueda referir á usted, amigo mio. Hoy el deber cierra mis labios.

Y Clotilde, en cuyos ojos asomó una lágrima, se volvió rápidamente hácia Blanca, y añadió:

—Pero tú no dices nada, cuando hace poco tributabas mil elogios al autor de la serenata que hemos tenido la honra de ejecutar juntas. Pero bien es verdad, que yo me lo hablo todo, y no te he dejado aún la vez.

El duque comprendió que las palabras de Clotilde envolvían algun misterio; pero era demasiado discreto para dirigirle una pregunta inconveniente.

No habló nada, pues, de Daniel, dejando para otra ocasión más propicia que Clotilde la revelase el misterioso sentido de sus palabras.

—Si no temiera que me tacharan ustedes de vanidoso, les suplicaría que me hicieran oír la serenata de mi ópera.

Este giro que el duque daba á la conversacion, lo encontró Clotilde muy discreto.

—Ya lo oyes, Blanca; es preciso complacer al autor.

Blanca se sentó al órgano, Clotilde al piano.

El duque, de pie y apoyados los brazos en el respaldo de una butaca, se dispuso á oír la serenata, fijando los ojos en la hermana de Julio, que nunca le habia parecido tan bella como en aquel instante.

Alvaro llegó á su casa, se encerró en su gabinete, se dejó caer en un sofá, y se puso á meditar. Tenía veintiocho años, y era además inmensamente rico.

Solo y sin parientes en primer grado, su vida había transcurrido como la de la colondrina emigradora.

Quando se encerró en el gabinete, comenzó á reflexionar de esta manera:

—Todos los hombres tienen una época en que hacen un plan mal del mundo, y se levantan contra esa institución, que forma el lazo de las familias. El tiempo transcorre, y las impresiones y los pensamientos cambian, y los mismos que se burlaban del amor con-

El duque de San Plácido permaneció en casa de Clotilde hasta las nueve de la noche.

Durante su larga visita, de más de cuatro horas, aquellas tres organizaciones privilegiadas no habían hablado de otra cosa que de música.

Al separarse de Blanca, al estrechar su mano, Alvaro sintió algo nuevo en su corazón; un estremecimiento dulce, grato; una felicidad inmensa.

Llegó á su casa verdaderamente distraído, pensando en lo que nunca había pensado: en casarse.

Quando á un hombre se le ocurre por la primera vez la idea del matrimonio, cuando esa especie de vértigo universal, hijo de las simpatías que brotan del corazón, cruza por la mente de los jóvenes, el hombre más aturdido, más superficial, entra en un período de gravedad que ni él mismo puede explicarse.

Alvaro llegó á su casa, se encerró en su gabinete, se dejó caer en un sofá, y se puso á meditar.

Tenia veintiocho años, y era además inmensamente rico.

Solo y sin parientes en primer grado, su vida habia trascurrido como la de la golondrina emigradora.

Cuando se encontró solo, con el cigarro en la boca y la mirada en el dorado techo de su gabinete, comenzó á reflexionar de esta manera:

—Todos los hombres tienen una época en que hablan mal del matrimonio y echan pestes contra esa institucion, que forma el lazo de las familias. El tiempo transcurre, y las impresiones y los pensamientos cambian, y los mismos que se burlaban del amor conyugal, caen de rodillas á los piés de Himeneo, y le piden con palabras suplicantes que derrame sobre sus frentes alguna de las esencias que constituyen el bálsamo de su purísimo amor.

Alvaro despedia una bocanada de humo, y volvía á decirse:

—Blanca es pobre, pero tiene un alma tan rica en virtudes, que es el mejor de los tesoros. Si yo me decidiera á casarme, creo que Blanca es la única mujer que me convenia.

Y apenas habia acabado de formular este pensamiento en su mente, volvió á decirse:

—¿Y quién se opone á que yo me case? ¿Tengo yo que dar cuenta á nadie por ventura? Me llaman excéntrico, algunos me creen loco; pues bien, para que tengan una razon para juzgarme de ese modo, creo que

debería casarme así, como se dice vulgarmente, de golpe y porrazo.

Y luego, como si esta idea que acababa de cruzar por su mente le agradase en grado superlativo, añadió:

—Blanca sería mi musa, mi génio, mi inspiracion; podría consultarle todos mis pensamientos; pasaríamos la vida recorriendo el mundo; nuestra existencia sería un canto armonioso muy parecido al que sin duda alguna entonan los ángeles en el Paraíso.

Alvaro comenzaba á soñar; pero con ese sueño que trae más fatales consecuencias cuando se está despierto. Le habian bastado algunas horas para entrar en el período de la poesía y de ese amor que ciega, porque se halla rodeado de una aureola de color de rosa.

Si en aquel momento Blanca le hubiera dicho que sí y se hubiera encontrado delante de un sacerdote, el duque hubiera caído de rodillas, diciendo:

—Haga usted el favor de casarme.

Pero desgraciadamente, para casarse se necesita escribir algunos pliegos de papel y correr algunas diligencias; para esto se emplean dias, semanas y á veces meses, y en este tiempo se deshacen muchos proyectados matrimonios, quitándole al diablo el placer de reirse el dia de la boda.

Alvaró permaneció algunas horas entregado á todas las combinaciones y planes del hombre á quien se le ocurre por la primera vez casarse, y como era partidario de realizar con rapidez los pensamientos que cruzaban por su mente, se levantó del sofá, cogió una

pluma, y dejando correr su imaginacion, escribió la siguiente carta:

«Blanca: esta tarde, cuando oculto detrás del portier escuchaba la serenata de mi ópera ejecutada por usted y Clotilde, tuve un pensamiento que me hizo reir.

»Luego entré en el gabinete donde ustedes se hallaban, la ví á usted tan hermosa y tan modesta como siempre, y el mismo pensamiento que poco antes me habia hecho reir, volvió á cruzar por mi imaginacion; pero más acentuado, más firme que la primera vez.

»Durante las deliciosas horas que hemos permanecido juntos, ese pensamiento de que estoy hablándole á usted, ha estado fijo en mi imaginacion.

»Cuando nos separamos, cuando estreché la mano de usted con la mia, el pensamiento continuaba preocupándome; pero ya no me reia, y salí de casa de Clotilde acariciándole dulcemente en mi alma.

»En este instante que escribo á usted, las saetas de mi reloj marcan las doce de la noche, y puedo asegurarla, que en mi vida se ha apoderado de mi imaginacion un pensamiento tan tenaz y que más deseos trasmite á mi corazon de convertirlo en un hecho real.

»Este pensamiento es que la amo á usted.

»Usted dirá que esta carta tiene todo lo estrambótico, todo lo excéntrico, todo lo raro del carácter de su autor; pero esta rareza tiene un gran fondo de lógica. Yo creo que el hombre no debe buscar por compañera de toda su vida, sino á la mujer que sepa conmover su alma.

»Yo he sentido junto á usted efectos tan dulces co-

mo desconocidos; emociones tan dulces, que me he visto precisado á llevarme disimuladamente la mano sobre el pecho, para contener los latidos de mi corazón.

»Si esta carta no le hace á usted reír, como me hizo reír á mí el pensamiento que la motiva, yo ruego á su buena amistad se digné contestarme dos líneas, para saber qué es lo que debo esperar de esta solicitud que á usted dirijo.

»Si usted acepta el amor que le ofrezco, si usted quiere honrarme llevando mi apellido, yo me apresuraré á pedir en toda regla su mano á su señora madre, creyéndome el hombre más feliz de la tierra el día en que un sacerdote bendiga nuestra unión!

»ALVARO.»

El duque, al terminar la carta, la leyó con detenimiento, é indudablemente debió parecerle bien, pues la cerró dentro de un sobre, metiéndola luego en el bolsillo.

—Indudablemente,—se dijo hablando consigo mismo,—esta carta va á causar una gran sorpresa á Blanca. Ella está muy lejos de sospechar una declaración á boca de jarro, y sin que se me crea vanidoso, bien puedo tener la esperanza de que mis proposiciones serán aceptadas.

Después de esto, el duque se acostó tranquilamente, como el hombre que está seguro del triunfo.

Al día siguiente, á eso de las nueve de la mañana, llamó á su ayuda de cámara.

—Tengo que encargarte una comision delicada, Cándido,—le dijo.

—Ya sabe el señor duque, que siempre trato de complacerle.

—Lo sé: toma esta carta; es preciso que llegue de un modo reservado á manos de una jóven que tú conoces.

Cándido se sonrió con toda la gráfica expresion de su nombre.

—Esa jóven es la señorita Blanca de Monforte.

—¡Ah!

—¡Por qué dices ¡ah?

—Digo ¡ah! porque la conozco.

—Ya sabes que no me gusta que se hagan interpretaciones maliciosas con las personas que aprecio.

—Puedo asegurar al señor duque, que no ha sido mi ánimo...

—Está bien. Procurarás entregar esta carta á la señorita Blanca.

—Sí, señor.

—Sin que ni su madre ni su hermano, se enteren de semejante cosa.

—Sí, señor.

—Puedes valerte de la criada, buscar el pretexto que mejor te cuadre. Tú no eres tonto, y yo sé que saldrás airoso de esta comision.

—Así lo espero.

—Si te parece, coge alguna pieza de música de las que hemos traído de Alemania, y esto puede servirte de excusa para ir á su casa. Si encuentras en ella al

señorito Julio, díle de mi parte que yo tendré mucho gusto que almorcemos juntos el día que él lo tenga por conveniente. No tengo más que decirte.

Y el duque hizo una seña á Cándido para que se marchase; volvióse de espaldas á la luz, y cerró los ojos, pensando sin duda que le sería fácil reconciliarse con el sueño.

Trascurrieron quince minutos; luego otros quince, y por fin una hora. El duque no habia logrado dormirse; pero en cambio oyó pasos en el gabinete, que se dirigian á la alcoba.

Era Cándido, que regresaba de su importante comision.

Bastaba ver el semblante del ayuda de cámara, para comprender que todo habia salido satisfactoriamente.

Aquel semblante tenia toda la satisfaccion de la victoria, todas las líneas que emplearia un pintor para dibujar á un hombre completamente satisfecho de sí mismo.

—Leo en tu rostro que el asunto ha salido bien,— le dijo el duque.

—Sí, señor; la carta se halla en poder de la señorita Blanca, sin que se haya enterado ni aun la criada de semejante cosa.

—Cuéntame el hecho.

—Llegué á su casa y llamé á la puerta.

—Adelante.

—Y quiso mi angel bueno que me abriera la señorita Blanca en persona la puerta. Se la entregué en

propia mano, giré en redondo sobre mis talones, y asunto concluido.

—Todo lo que me cuentas, me parece que va á ser de muy buen agüero para mí.

—¡Dios lo quiera!

—Dame la bata y dí que me sirvan el almuerzo. Tengo mucho apetito.

—Al momento, señorito.

Y Cándido salió satisfecho de sí mismo, por haber desempeñado su comision tan á gusto de su amo.

LIBRO SÉTIMO

EL DESTERRADO VOLUNTARIO

CAPÍTULO PRIMERO

Efectos de una declaracion de amor

Alvaro no se habia equivocado al creer que su carta iba á producir un gran efecto á Blanca.

La leyó trémula, conmovida, sin darse cuenta de lo que veian sus ojos. Aquella declaracion inesperada le parecia, más que una realidad, un sueño. No queria convencerse de que estaba despierta.

El duque de San Plácido era un partido demasiado ventajoso para ella, pobre y modesta jóven, que no poseia más bienes que su virtud y su cuerpo.

Aquella declaracion era para ella un dolor y un placer. Un placer, porque un hombre tan distinguido como el duque de San Plácido fijaba en ella sus ojos, ofreciéndole su mano, para llamarla su esposa. Un dolor, porque ella no podia amarle, porque el recuerdo de Daniel llenaba por completo su alma, y este amor, del que no esperaba ser correspondida, le obligaba, sin em-

bargo, á no poder aceptar los ofrecimientos de un hombre tan digno como Alvaro.

El corazón de Blanca era demasiado puro, demasiado noble, para apagar sus dulces latidos de amor por los halagos del vil interés.

El duque, no obstante, le era un hombre simpático. Se hubiera atrevido á ofrecerle el cariño de una hermana, pero hubiera creído engañarle al jurarle el de esposa.

Nadie, sin embargo, podría reprenderle su imbecilidad, nadie podría arrojarle en cara su falta de firmeza, porque el amor que sentía por Daniel, en su alma había nacido, y en el santuario de su alma le guardaba como su más rico tesoro.

Encerrada en su gabinete, leyendo la carta una y cien veces, abundantes lágrimas corrían de sus ojos, y una lucha sorda y dolorosa agitaba su corazón.

Aceptando la mano del duque de San Plácido, podía rodear á su madre de grandes comodidades, asegurar la vejez de aquella santa mujer que tanto había sufrido, ser la protectora de su hermano, el ángel bienhechor de toda la familia.

Pero para conseguir todo esto era preciso que en aras del interés sacrificara la pureza de su amor, que dirigiera palabras de fingida ternura á un hombre que no amaba, que compartiese el lecho nupcial con un esposo que no había conmovido con sus miradas su corazón. Daniel, por el contrario, había sido el primer sueño de amor de su juventud; estaba acostumbrada á ver-

le y á amarle, sin que sus labios hubieran pronunciado jamás una palabra para revelarle el secreto de su alma.

Por otra parte, Daniel era pobre, y lleno de activa nobleza abdicaba sus derechos en favor de una hermana, yéndose á vivir al rincón de un modesto pueblo, en donde indudablemente debia pasar horas de amargura infinita, y Blanca le amaba más desde que sabia que era desgraciado.

Como si Daniel hubiese caído á sus piés declarándole su amor, como si entre ellos mediara un juramento y una promesa de pertenecerse el uno al otro para toda la vida, Blanca, dejándose llevar de la pureza de sus sentimientos, se decía:

—Es una infamia dejar á Daniel por que es pobre, y casarse con el duque por que es rico, y yo no haré eso jamás.

Nunca jóven alguna se habia encontrado en mejores condiciones que ella, para aceptar los ofrecimientos de un pretendiente.

Nadie podia tacharla de perjura, porque ella no habia jurado amor á nadie, y sin embargo, ella ni un sólo instante pensó aceptar los ofrecimientos del duque.

Otro caso le apuraba grandemente, y era cómo contestaria al duque una negativa sin ofenderle.

Jamás habia escrito á ningun hombre, exceptuando á su hermano, y le parecia muy difícil semejante empresa.

Poco avezada á tener aventuras amorosas, buscaba en su imaginacion la manera de contestar á la carta,

sin que su negativa le hiciera perder la amistad de Alvaro, que ella tenía en mucho.

Después de dos horas de tortura, su imaginación no resolvió nada, exclamando en voz alta, como si tuviera delante al mismo autor de la carta:

—¡Pero, Dios mío, esto es muy difícil!...

Precisamente en este momento entraba Julio á dar los buenos días á su hermana, y como oyó la exclamación de Blanca, le preguntó:

—¿El qué, hermana mía?...

Blanca no pudo contener un grito.

Aquella voz, por muy querida que le fuese, que interrumpía sus meditaciones, le sobresaltó.

Por su parte, Julio no se sentía más tranquilo, pues el rostro de su hermana estaba pálido y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Además, Blanca tenía un papel en la mano, una carta al parecer.

Era indudable que le sucedía algo, y Julio amaba demasiado á su hermana para no querer saber la causa de todo aquello.

—¡Blanca, hermana mía!—le dijo, cogiéndola cariñosamente por la cintura;—¿qué tienes? Algo te sucede, y supongo que no me harás el agravio de ocultarme tus penas.

Blanca miró á su hermano con la ternura, con el interés con que el náufrago mira la tabla salvadora, y extendiendo la mano, le entregó la carta del duque de San Plácido, diciéndole:

—Toma y lee.

No causó á Julio ménos sorpresa la lectura de aquella carta.

¿Y por qué no decirlo? En la fisonomía de Julio resplandeció la inmensa alegría que brotaba en su corazón.

Amaba á su hermana con delirio, y admirado de su hermosura y de sus virtudes, la creyó digna de ser la esposa de un rey.

El duque de San Plácido, á los ojos de Julio, en aquel instante era el hombre de más talento y de mejor gusto de la creación.

—Te doy la más cordial enhorabuena, querida hermana,—dijo sin poder disimular su alegría,—y nuestra buena madre se pondrá loca de contento cuando sepa que nada ménos que un duque, jóven, hermoso, con talento y relevantes condiciones morales, te pide la mano de esposa.

—Es que nuestra madre no sabrá nada de eso, Julio,—contestó con calma Blanca.

—¡Qué dices!—añadió Julio, retrocediendo un paso con asombro.

Blanca se sonrió.
—No puedo, ó por mejor decir, no debo aceptar la proposicion que me hace el duque de San Plácido.

—¡Pero estás loca!... El duque de San Plácido es uno de los hombres más distinguidos de España.

—Lo sé.

—¿Y á pesar de eso insistes en rechazar su mano?...

—¡Ah, Julio!... ¡Olvidas que amo á Daniel, y que Daniel es tan pobre como nosotros?...

Estas palabras presentaron á los ojos de Julio todo un poema de ternura y de desprendimiento.

Entonces vió claramente la belleza inmaculada del alma de su hermana, y estrechándola dulcemente contra su pecho, añadió:

—Dices bien; el oro no debe cegarnos. Tú amas á Daniel; no violentes, pues, tu corazón. Pero es preciso contestar al señor duque.

—¡Oh! está claro, y precisamente eso me tiene preocupada hace dos horas.

—Lo comprendo que es bastante difícil.

—Yo no encuentro modo; ¡si tú me indicaras lo que he de escribirle!...

—¿No creas que tengo mucha confianza de encontrar la fórmula de la respuesta?

—¡Inténtalo al ménos! ¡Haz algo por tu hermana para sacarla de este trance en que se halla!

Julio se sentó junto á una mesa, y cogiendo la pluma, dijo:

—Probaré.

Luego permaneció algunos minutos pensativo.

Por fin comenzó á escribir, y Blanca se sonrió con el placer del que resuelve un problema que le tiene preocupado.

Julio escribió tres cartas, rompió las dos primeras, y por último, algo más satisfecho de la última, dijo á su hermana:

—Voy á leértela, y dime con franqueza si te complace.

Y luego, encogiéndose de hombros, añadió:

—Esto se llama tirar algunos millones por el balcón. Escucha.

La carta, que Julio leyó con voz segura, decía así: «Señor duque de San Plácido: Nada tan difícil para mí en este momento, como demostrarle la gran admiración y la inmensa gratitud que he sentido al leer su carta.

»Cuando un hombre tan noble, tan elevado, tan distinguido, fija sus ojos en una pobre muchacha como yo, es natural que su conducta le cause admiración, y que sienta su espíritu tan turbado, que apenas sepa cómo demostrar su agradecimiento.

»Voy, pues, á hablarle á usted con la sencilla franqueza que me dicta mi corazón honrado, y pido á Dios desde el fondo de mi alma, que me conserve la amistad y el aprecio del duque de San Plácido, mientras dure mi existencia.

»Ser la esposa de usted, sería para mí una honra, á la que no me creo merecedora. Sin embargo, no es la gran diferencia de posiciones lo que me detiene, lo confieso con ingenuidad. Voy á revelarle á usted, señor duque, un secreto que oculto llevo hace muchos años en mi corazón, desde el día en que, niña aún, sentí en mi virginal pecho las primeras emociones de un amor naciente.

»Yo amo á un hombre, señor duque, á un hombre que es desgraciado y pobre, á un hombre que sufre, que vive sin la esperanza halagüeña del porvenir; y este hombre, que tal vez ignora la grandeza del amor que le profeso, y que no sé si me amará el día que lo sepa,

es el dueño absoluto de mi alma. Yo le he hecho donación de ella sin que él lo sepa, y como en el fondo de mi conciencia me dice una voz que ya no me pertenece, creería ser perjura, si á los piés de un sacerdote ofrecía entregar á otro lo que no es mio.

»Sé que estoy escribiéndole á un caballero, y que apreciará, sin ofenderse conmigo, lo cual me causaría profunda pena, la extrema delicadeza de mi proceder.

»Yo estimo al duque de San Plácido como al mejor de mis amigos; sería para mí tan hermoso como grato, que me permitiera llamarle mi hermano; me causaría una satisfacción inmensa continuar estrechando su mano, y hacerle confidente de mis alegrías y de mis pesares; y como tengo en tanto su leal amistad, me causaría un profundo dolor que al leer esta carta me privara, con su indiferencia ó con su enojo, de seguir llamándose el primero de mis amigos, mi hermano del corazón.

»Yo conozco que mi conducta haría reir á muchas jóvenes, que sólo ven, en lo que ellas llaman profanamente amor, un negocio, y en el matrimonio un seguro contra la miseria; pero yo me he criado bajo el humilde manto de la pobreza, y sólo ambiciono la paz de mi espíritu, la tranquilidad de mi conciencia.

»Yo espero que usted me perdóne. Le amo á usted demasiado para engañarle, ofreciéndole un amor que he dedicado á otro; pero me tranquiliza el pensar que dirijo esta carta á un hombre de gran entendimiento, que no pertenece á la vulgaridad, y que él sabrá com-

prender lo que callo y lo que pasa por el claro cristal de mi conciencia.

BLANCA. »

—¡Ah! ¡gracias, hermano mio, gracias!—exclamó la jóven, arrojándose al cuello de Julio;—has interpretado admirablemente mis deseos. Dame, voy á copiar la carta, y tú te encargarás de que llegue á manos del duque de San Plácido.

prender lo que es lo y lo que pasa por el claro cristal
de mi conciencia.

«BLANCA»

—¡Ah! gracias, hermano mio, gracias! —exclamó
la joven, arrojándose al cuello de Julio; —has interpe-
tado admirablemente a Dame, voy á copiar
la carta, y tú te encargaré — de que llegue á manos del
duque de San Plácido.

La amistad verdadera

Aquel mismo dia, á la caída de la tarde, el duque de San Plácido se hallaba acabando de comer, cuando un criado le presentó una carta del correo interior.

Rompió el sobre, saboreando al mismo tiempo un trozo de digestivo queso de Rochefort, y buscó maquinalmente la firma.

Cuando sus ojos se encontraron con el nombre de Blanca, se olvidó de los postres, y se puso á leer la carta con gran interés.

A las primeras líneas, Alvaro frunció el ceño, previendo una negativa; pero á manera que avanzaba en la lectura, iba apareciendo en su rostro la mayor admiración.

Un hombre más fátuo que el duque, hubiera arrojado lejos de sí aquella carta, creyéndola un desaire á sus millones y á su título; pero Alvaro tenia talento,

y el contenido de aquella carta llamó vivamente su interés.

Leyó la carta tres veces con gran detención, estudiando todos sus párrafos con mucha calma, y por último exclamó:

—Decididamente, mi elección había sido buena. Blanca es una mujer sin pasión, y pues tengo la desgracia de que no me admita por esposo y la fortuna de que solicité ser mi hermana, es preciso que yo me haga acreedor á semejante título.

El duque pidió café, y continuó sus reflexiones, mientras saboreaba á pequeños sorbos el rico moka:

—Una mujer vulgar me hubiera contestado, si no por mí, por mis millones y mi elevada posición: «Hable usted con mi madre, caballero.» Blanca, cuya alma se eleva sobre el fango de la tierra, me dice sencillamente: «Le quiero á usted como amigo, como hermano, estoy orgullosa de su amistad; pero no puedo ser su esposa, porque yo no comprendo el matrimonio sin darle al marido el alma y el corazón: yo amo á otro hombre.» Esta conducta es admirable. Yo la respeto, y sabré consolidar el aprecio que esa honrada joven me profesa.

Alvaro encendió un tabaco, y volvió á decirse:

—Verdaderamente es admirable esa muchacha; ama á un hombre sin que él lo sepa, y sin esperanza de que llegue el día que su amor sea recompensado. De manera que podría considerarse libre, y le basta sin embargo su conciencia para rechazar las proposiciones ventajosas del duque de San Plácido.

Y Alvaro, dejándose llevar de uno de esos arranques hijos de su generoso corazón, exclamó: — ¡Tanta virtud!... ¡tanta abnegación!... Tu heroico sacrificio no debe quedar sin recompensa. Yo buscaré á ese hombre, que indudablemente es digno de ella cuando ella le ama; le diré lo que ocurre, y si es pobre como me indica su carta, ¡qué diablo! yo soy rico, y además dicen que tengo algun talento para componer música: les daré la mitad de mi fortuna, y podré entonces con razon llamar á Blanca mi hermana.

Después de este arranque de generosidad, que pareció dejar satisfecho al duque, quedóse un momento pensativo, y volvió á decirse:

— Pero ¿quién diablos podrá decirme dónde he de encontrar al autor de ese amor platónico de Blanca? Ella se negará, de seguro, á nombrarme á su Adonis.

Y el duque, dándose una palmada en la frente, repuso:

— Clotilde es su amiga predilecta, su protectora; tal vez ella sepa...

Y el duque, levantándose de la silla, añadió:

— Pronto saldré de dudas.

Aquella misma noche se abrian al público las puertas del teatro de la Opera.

La Patti cantaba *La Sonámbula*, y se contaban cosas fabulosas del subido precio á que habian llegado algunas localidades.

Decíase, que un título que no habia podido lograr

un abono de palco, habia dado cuarenta mil reales por que le traspasaran el abono de un agente de negocios. Pero estos son disgustos que sólo sufren los ricos, en cambio de los que sufren los pobres, y que ellos no conocen.

El duque de San Plácido, preocupado con la lectura de la carta, habia olvidado el estreno de la Patti; pero como estaba abonado á butaca, cuando llegó á casa de la marquesa del Rádío y le dijeron que se hallaban en el teatro, recordó *La Sonámbula*, y dijo al cochero:

—Al teatro Real.

Entonces, aun se llamaba el coliseo de la plaza de Oriente teatro Real. Hoy, cometiendo un contrasentido, se titula *Teatro Nacional de la Opera*. Y como la ópera que allí se canta es italiana, no se explica el título.

Pero seria trabajo ímprobo y largo lograr que en España se aplicara á las cosas su verdadero nombre, y los españoles no tenemos hoy el tiempo de sobra para semejante trabajo, porque lo necesitamos para ocuparnos de la política y salvar á la patria, como dicen algunos patriotas farsantes, para quienes el patriotismo se reduce á vivir del presupuesto.

Pero continuemos la narracion de esta historia.

Alvaro llegó al teatro Real cuando el primer acto de *La Sonámbula* estaba finalizando. Esperó, pues, á la entrada del pasillo de las butacas que cayera el telon, dirigiendo los gemelos al palco del general Lostan. Allí estaba Clotilde.

Cuando terminó el acto subió al palco. Estaban la marquesa y Clotilde solas.

Alvaro comprendió que no era aquel el momento oportuno para manifestar á Clotilde el asunto que allí le conducía.

Comenzó por hablar de la Patti, preguntó por el general, que no habia ido al teatro porque tenia aquella noche una junta, y últimamente, dirigiendo la palabra á Clotilde, dijo:

—Es extraño que á un acontecimiento como el estreno de la Patti, no haya venido su amiga de usted Blanca.

—Lo que siento infinito; pero me ha escrito una carta diciéndome que se sentia un poco indispuesta.

—A propósito de carta,—añadió Alvaro, bajando un tanto la voz,—tambien he recibido yo una de Blanca.

—¿Cómo! ¿tiene usted correspondencia con mi amiga, y nada me habia dicho?

—Es una correspondencia que empezó ayer, y creo que concluirá hoy.

—A ver á ver, explíqueme usted eso.

Alvaro bajó más la voz, y dijo acercándose á Clotilde:

—Tenemos que hablar de un asunto de la mayor importancia para Blanca.

—Me asusta usted, duque. ¿Amenaza algun peligro á mi amiga?

—No, pero podemos nosotros contribuir á su felicidad.

—Entonces cuente usted conmigo.

—De ayer á hoy han sucedido muchas cosas que usted ignora, y que yo deseo que sepa.

—Pues bien, comience usted á contármelas al instante.

—Temeraria cometer una imprudencia,—repuso el duque, indicando con una mirada á la marquesa.

—No importa; hable usted con confianza.

El duque iba á comenzar su revelacion, cuando se presentó en el palco el baron de Labra.

Clotilde hizo un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido para Ernesto; pero el baron no era hombre que se desorientaba fácilmente. Se habia propuesto hacer meritos para conseguir la mano de Clotilde, y tenia bastante fuerza de voluntad, bastante descaro, para disimular y continuar impávido su empresa.

Saludó á todos con gran naturalidad y aplomo, y como observase que Clotilde continuara hablando con el duque, se puso á conversar con ella del acontecimiento de la noche.

Por entonces fué de todo punto imposible que Alvaro comenzara su relacion, porque era un secreto del que sólo queria hacer partícipe á Clotilde.

Durante el entreacto, Clotilde aprovechó una oportunidad para decir:

—Duque, he encontrado algunas dificultades en el cuarteto del tercer acto de la ópera de usted, y si no temiera aparecer á los ojos de usted por demasiado exigente, le suplicaria que mañana despues de almorzar fuera á verme.

El duque comprendió que esto era una cita, y dijo:

—No faltaré, pues acostumbro á ser exacto siempre que se trata de cuestiones musicales.

Quando poco despues Alvaro y Ernesto salieron del palco de la marquesa del Rádío para dirigirse á las butacas, el duque dijo:

—Pido á usted perdon, amigo mio, si mi presencia en el palco de Clotilde le ha sido molesta.

—Nada de eso, querido duque: Clotilde, como usted habrá observado, está bastante desdeñosa conmigo; pero como tengo de mi parte á toda la familia, espero que con el tiempo se resuelva en favor mio el refran que dice: «pobre importuno, etc., etc.»

—¡Ah! ¿conque usted sigue en sus trece?—preguntó maliciosamente el duque.

—Y espero continuar hasta que logre lo que deseo.

—Mucha perseverancia es esa, querido baron.

—La fe hace milagros, querido duque.

—¡Oh! quién lo duda; pero el tiempo de los milagros ha pasado, amigo mio, porque ya no nos encontramos en la época de Abraham, en que los ángeles se tomaban la molestia de bajar á la tierra. Pero con el permiso de usted, la orquesta comienza, y yo no quiero perder ni una sola nota del segundo acto de *La Sónámbula*.

—Un momento,—dijo Ernesto, deteniendo al duque,—ó por mejor decir, una pregunta; porque, segun lo que usted me conteste, tendré más ó ménos fe en la realizacion de mis deseos.

—¿Y qué pregunta es esa?

—Sentiria que usted se ofendiese por la franqueza que voy á demostrarle.

—Esa advertencia quita á la pregunta toda interpretacion torcida. Hable usted en confianza.

—¿Ama usted á Clotilde?

—La amo hasta los últimos límites de la amistad.

—Cuidado, señor duque, porque en los últimos límites de la amistad hay una línea donde comienza el amor.

—Pues bien; yo no he llegado aún á esa línea, ni creo que llegaré nunca, porque pienso permanecer soltero toda mi vida. Así pues, querido amigo, puede usted continuar tranquilamente su conquista, como Dios y su genio se lo diere á entender; con la firme inteligencia de que, cuando yo me hallo sentado junto á Clotilde no le hablo de otra cosa que de música.

—Gracias, señor duque. Y ahora que me siento libre del temor de tenerle á usted por rival, en cuyo caso me creeria derrotado, voy á continuar mi empresa con doble valor.

—Pues buena suerte, señor barón.

—Confio tenerla, señor duque.

El segundo acto de *La Sonámbula* comenzaba.

—Sentiría que usted se ofendiese por la franqueza que voy á demostrarle.

—Esa advertencia quita á la pregunta toda importancia forzosa. Hable usted en confianza.

—¿Amo usted á Clotilde?

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

—¿Amo hasta los últimos límites de la amistad, —

Donde Alvaro sabe lo que desea

Clotilde estaba impaciente por saber la importante revelacion que le habia indicado Alvaro.

Más de una vez pensó en ello durante la noche, y nunca le habia parecido tan larga la mañana como aquel dia.

Despues de almorzar se dirigió á su gabinete, diciendo antes á doña Mercedes:

—El duque de San Plácido vendrá á verme esta tarde; tenemos que hablar mucho de música; quiero aprender á la perfeccion el último acto de su ópera. Vamos, pues, á esperarle á mi gabinete.

Doña Mercedes estaba acostumbrada á dormirse oyendo las dulces armonías del piano, y como la digestion tiene gran simpatía con el sueño, á los ocho minutos de hallarse sentada la honrada aya en la butaca oyendo las escalas que Clotilde ejecutaba al piano, se quedó profundamente dormida.

Clotilde seguía tocando, y al descuido dirigía de vez en cuando miradas á doña Mercedes, pensando para sí que aquel testigo no debía molestarles mucho.

A las dos ménos cuarto, una doncella anunció al duque de San Plácido.

Doña Mercedes hizo un esfuerzo para abrir los ojos, y sólo tuvo tiempo para hacer un ligero saludo con la cabeza al duque. Luego volvió á quedarse dormida.

—Ya estamos solos como usted deseaba,—dijo Clotilde, que trataba al duque con la mayor franqueza.

Alvaro, acercando una silla al taburete que ocupaba su amiga, repuso en voz baja, indicando al mismo tiempo á doña Mercedes:

—¿Pero y?...

—No hay cuidado,—contestó sonriéndose Clotilde;—disfruta el sueño de los justos, y no hay cuidado que nos interrumpa. ¡Sepamos qué asunto es ese de tanta importancia para Blanca!

—Voy á comenzar mi relato haciendo á usted una confesion. Luego de esta confesion, le indicaré el plan que me propongo, y espero que me ayude á realizarlo.

—Con mucho gusto. Comience usted.

—Siempre he sentido grandes simpatías por Blanca.

—Se las merece, porque es un ángel.

—Así la he juzgado; por eso, sin duda, antes de ayer por la noche me sentí de improviso acometido de unos grandes deseos de casarme.

Clotilde manifestó gran asombro al oír este principio, y ya iba á soltar una carcajada, cuando el duque añadió:

—No se ria usted; le ruego que me escuche con calma.

—Haré todo lo posible por complacer á usted,— dijo Clotilde.

—Pues como iba diciendo, sentí vehementes deseos de casarme. Nunca me habia parecido tan horrible la soledad en que vivo. Medité por espacio de una hora si debia ó no dar tan atrevido paso; ví pasar por mi mente multitud de cosas muy bonitas, que sonreian incitándome al matrimonio. Me resolví por fin, cogí la pluma, y escribí una declaracion de amor á Blanca ofreciéndole mi mano.

—Pero, amigo mio, todo lo que usted me está diciendo me asusta.

—No, no, tranquilícese usted; tengo aún el juicio cabal. No me he vuelto loco todavía.

—¿Pero llegó usted á mandarle la carta á Blanca?

—¡Oh! sí; no desisto yo tan fácilmente de mis empeños. Le mandé la carta, y lo que es más, recibí contestacion el mismo dia.

—¿Y acepta Blanca el ofrecimiento que usted le hace?

—Esa es mi desesperacion, ó por mejor decir, mi asombro, mi inexplicable asombro; porque Blanca me ha contestado una de esas cartas que afectan vivamente, si el hombre á quien van dirigidas es honrado.

—Pero, Dios mio, todo eso ha sucedido sin saber yo nada. ¡Oh! en cuanto vea á Blanca, yo le echaré en cara su falta de amistad para conmigo.

—No la culpe usted sin leer antes su carta; es un

secreto que yo rompo, confiado en que usted no ha de revelarlo á nadie, y que además me ayudará á llevar á cabo lo que me propongo.

Y el duque entregó la carta á Clotilde, que esta leyó para sí con gran interés.

Al terminar la lectura, dos lágrimas resbalaban de los ojos de Clotilde, y esta exclamacion se escapaba de su pecho:

—¡Ah, es un ángel! ¡merece ser feliz!

—Eso precisamente es lo que yo me he dicho. Una mujer capaz de semejante abnegacion; una mujer que sacrifica su porvenir y la elevada posicion que yo podia darle, á un amor que tal vez no sea nunca más que un sueño, merece que nosotros la protejamos, que procuremos por todos los medios hacer la felicidad de Blanca.

Y como Clotilde se hubiese quedado triste y pensativa con la frente inclinada sobre el pecho, Alvaro añadió:

—Usted, Clotilde, es la amiga íntima, la hermana del corazon de Blanca. Para usted, me consta que ella jamás ha tenido secretos. Yo necesito, por lo tanto, que usted me revele el nombre de ese mortal que ella ama con toda la pureza de su alma. Yo quiero conocerle, quiero que sepa por quién y cómo es amado. Si es pobre, yo soy bastante rico para asegurarle una fortuna; si es rico, yo, con mi patrimonio, puesto que Blanca me ha dado el dulce nombre de hermano, haré que lleve un dote digno de mi hermana.

Clotilde juntó las manos con infinita expresion de

gozo, y fijando en el duque sus ojos llenos de lágrimas, exclamó con acento conmovido:

—Dios sin duda, compadecido de los seres que sufren en la tierra, hace que de vez en cuando nazcan almas nobles y generosas para que sean el consuelo de la humanidad que llora, y es indudable que Dios ha hecho que brotara en el corazón de usted un repentino amor hacia Blanca, para que ella escribiera la carta que tan generosas y sublimes palabras acaba de poner en los labios de usted. Sí, Alvaro, sí; hay Providencia, y el corazón me dice que usted va á ejercer una misión santa.

El duque, ni comprendía aquellas palabras, ni comprendía aquel entusiasmo.

—Conozco al hombre á quien ama Blanca en secreto,—añadió Clotilde.

—¡Ah! lo habia sospechado: ¿es pobre? ¿es rico?

—Es pobre.

—Tanto mejor; ¿vive en Madrid?

—Hace algun tiempo, muy pocos dias, se retiró á un modesto pueblo de la provincia de Guadalajara.

—¿Tiene usted inconveniente en decirme qué pueblo es ese?

—Ninguno; pues desde este momento me uno á usted para conseguir la felicidad de mi amiga Blanca. ¡Oh! estoy muy interesada en ello, y yo confío que mi amigo el duque de San Plácido me ayudará á llevar á feliz término mi deseo.

—Cuenta usted conmigo para todo.

—Gracias, en nombre de mi amiga.

—Sepamos el pueblo donde vive el feliz mortal á quien ama Blanca.

—En Horche; un pueblecillo situado á corta distancia de Guadalajara.

—Sí, sí, le he oido nombrar. Le apuntaré en mi cartera.

Y el duque, sacando del bolsillo de la levita una cartera, apuntó el nombre del pueblo.

Clotilde dirigió una mirada y una sonrisa á Alvaro, y añadió:

—Debo decir tambien, que usted conoce al jóven que nos ocupa.

—¿Yo?

—Sí, usted; pues si no estoy mal enterada, le prestó usted un servicio del que sólo suelen encargarse los amigos íntimos, ó por lo ménos las personas muy simpáticas.

—Sabe usted, Clotilde, que todo esto me va interesando vivamente.

—Pues yo, confiando en la caballerosidad y en la hidalguía del duque de San Plácido, espero decirle cosas que le interesen mucho más.

—Deseo oirlas con impaciencia.

—Comenzaré por pronunciar el nombre del jóven á quien ama Blanca en secreto: se llama Daniel,—dijo la jóven.

—¡Daniel!—repitió el duque verdaderamente asombrado, y como si quisiera recordar aquel nombre.—Ese Daniel, ¿es por ventura el mismo que hace poco tiempo vivia en casa del conde de la Fe?

—El mismo,—contestó sonriéndose Clotilde.—

—¡Pero ese jóven amaba á usted, y aún creo que era correspondido!

—Sí, duque.

—Entonces, permítame usted que le diga que no entiendo una palabra de todo esto, y mucho temo que me sea más difícil arreglar este asunto que escribir una ópera.

—Pues yo creo que el asunto le parecerá á usted lo más sencillo del mundo, tan pronto como le revele algo de lo que usted ignora.

—¡Oh! crea usted, Clotilde, que estoy deseando que haga usted alguna luz que aclare un poco mi imaginación.

—Es imposible, amigo Alvaro, sospechar siquiera hasta dónde llega la delicadeza del alma de Blanca. Yo voy á revelar á usted cosas que van á asombrarle, y esta revelación, que hecha á otro sería una verdadera imprudencia, tratándose del duque de San Plácido servirá para que se una conmigo y salvemos á dos seres verdaderamente dignos de todo elogio.

—Vuelvo á repetirle, que escucho con el mayor interés.

—Pues bien, Alvaro; prepárese usted á oír una historia sencilla que van á narrar mis labios, no sin el temor de que una imprudencia haga público un secreto en el que estriba la honra de mi familia. Pero vuelvo á repetirle: usted me inspira completa confianza; y como yo no podría explicar á sus ojos mi pasado y mi presente sin revelar toda la verdad, apartando

de mí nécias preocupaciones, se lo revelaré á usted todo.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo, volvió á decir:

—Afortunadamente, nadie podrá oírnos. Voy, pues, á comenzar mi relato.

CAPÍTULO IV

Continuacion del anterior

—Blanca, Daniel y yo, después de una ligera pausa, que sirvió para coordinar sus ideas, bajando la voz, como cuando se habla en secreto, comencé á hablar de esta manera: —Voy á revelar á usted, amigo mío, una historia que me ha hecho derramar abundantes lágrimas y ha cubierto con una nube tétrica y sombría mi hogar doméstico. Yo confío que este secreto, que desde el fondo de mi alma voy á depositar en el corazón de usted, no se tornará nunca á sus labios hasta que yo le autorice para ello. Esta prueba de confianza le demostraré el aprecio que le profeso. Comenzaré, pues, por la gran apogeeacion de Blanca, de ese ángel de la tierra, que comprende como nadie la sublimidad de un sacrificio.

Clotilde, después de una ligera pausa, que sirvió para coordinar sus ideas, bajando la voz, como cuando se habla en secreto, comencé á hablar de esta manera:

—Voy á revelar á usted, amigo mío, una historia que me ha hecho derramar abundantes lágrimas y ha cubierto con una nube tétrica y sombría mi hogar doméstico. Yo confío que este secreto, que desde el fondo de mi alma voy á depositar en el corazón de usted, no se tornará nunca á sus labios hasta que yo le autorice para ello. Esta prueba de confianza le demostraré el aprecio que le profeso. Comenzaré, pues, por la gran apogeeacion de Blanca, de ese ángel de la tierra, que comprende como nadie la sublimidad de un sacrificio.

CAPÍTULO IV

Continuacion del anterior

El franco y varonil semblante del duque de San Plácido, demostraba el más vivo interés en aquel instante.

Clotilde, despues de una ligera pausa, que sirvió para coordinar sus ideas, bajando la voz todo cuanto pudo, comenzó á hablar de esta manera:

—Voy á revelar á usted, amigo mio, una historia que me ha hecho derramar abundantes lágrimas y ha cubierto con una nube tétrica y sombría mi hogar doméstico. Yo confio que este secreto, que desde el fondo de mi alma voy á depositar en el corazon de usted, no asomará nunca á sus labios hasta que yo le autorice para ello. Esta prueba de confianza le demostrará el aprecio que le profeso. Comenzaré, pues, por la gran abnegacion de Blanca, de ese ángel de la tierra, que comprende como nadie la sublimidad de un sacrificio,

y que hoy, trémula é inquieta, ve turbada la paz de su sueño, cuando su conciencia es blanca y pura como la nieve que corona la cima de los Alpes.

Clotilde se detuvo.

Era para ella tan dolorosa la relacion que se hallaba resuelta á hacer, que tenia necesidad de respirar con más frecuencia.

Hay relatos que oprimen el espíritu y hacen latir con violencia el corazón; porque al pronunciarlos, nuestros labios nos recuerdan épocas dolorosas, que arrancan lágrimas á nuestros ojos.

Clotilde repuso de este modo:

—Blanca conoció á Daniel algunos años antes que yo. Modesto estudiante en Madrid, era condiscípulo de Julio de Monforte, y frecuentaba su casa con bastante confianza, llegando hasta el punto de llamar madre á la madre de Blanca.

»Blanca comenzó, por lo tanto, á sentir una viva simpatía por el amigo de su hermano; pero ambos eran aún muy niños, y Daniel no se ocupaba de otra cosa que de sus libros.

»Así pasó el tiempo. Blanca cumplió diez y siete años; Daniel diez y nueve. Las vacaciones llegaron, y el jóven estudiante tuvo que regresar á Horche, donde vivia su pobre madre, que era una santa.

»Luego trascurrió un año sin que Daniel y Blanca se vieran.

»Durante este tiempo murió la madre de Daniel, sin que le dejara otro patrimonio que una modesta casa en el pueblo de Horche y dos cartas de recomendación; una

de ellas para el conde de la Fe, otra para mi padre el general Lostan.

»Mientras tanto, la familia de Blanca vivía en el seno de las mayores privaciones. Yo logré de mi padre que sacara un destino para Julio, y el agradecimiento condujo á Blanca hasta mi casa, conociendo entonces todos los tesoros de virtud y de talento que posee.

»Desde el primer día, desde el instante que nos vimos, nos amamos. Ella era una profesora de música, á quien la desgracia había hecho vender hasta su piano, é insensiblemente, como venía todas las tardes á verme y tocábamos á duo algunas piezas, concluimos por amarnos como dos hermanas.

»Así se hallaban las cosas, cuando Daniel se presentó en mi casa con la carta de recomendación que su madre le había dejado al morir. Yo le conocí aquel día y le amé. Este amor encontró por parte de mis padres una gran oposición; y yo no podía explicarme cómo, siendo siempre conmigo tan condescendientes, se oponían con tal tenacidad á que yo realizara las aspiraciones de mi alma. Y sin embargo, su conducta era fundada, tenían una gran razón para ello.

Clotilde se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas.

—Veo que este relato le conmueve á usted vivamente,—dijo el duque,—y siento!

—No, no; es preciso que yo concluya, es indispensable que usted lo sepa todo. La felicidad de Daniel y de Blanca así lo exigen.

Alvaro hizo un signo de aprobación con la cabeza,

porque se sentia vivamente afectado. Nunca habia visto llorar á Clotilde, cuyo carácter alegre le era extremadamente simpático. Respetaba, pues, aquellas lágrimas sin poderse las explicar.

Clotilde volvió á decir:

—Usted recordará que Daniel, protegido por el conde de la Fe, me seguia por todas partes. Yo le amaba, y á pesar de las prohibiciones de mis padres, sentia una verdadera satisfaccion en la tenacidad de Daniel.

»Un hombre se interpuso entre los dos. El baron de Labra.

»Quiso aparentar lo que no existia, y usted recordará el escándalo que tuvo lugar en la embajada inglesa, de lo que resultó un desafio entre Daniel y Ernesto.

»El baron de Labra fué entonces para mí un hombre muy funesto. Hoy, alentado por la fortuna de su tío, vuelve á tener pretensiones á mi mano; pero yo no seré nunca su esposa, porque no le he amado jamás.

»Daniel quedó herido en aquel desafio, y yo cometí la imprudencia de ir á casa del conde de la Fe á verle. Mi padre lo supo; temió sin duda alguna imprudencia propia de la juventud, y entonces rápidamente dispuso un viaje, y me llevó á Suiza.

»Durante todo el tiempo en que el amor que sentia por Daniel fué contrariado por mis padres, Blanca fué mi verdadera amiga, mi hermana del corazón, y ella, que tal vez le amaba más que yo, obedeciendo á los impulsos de su alma generosa, ocultó su amor en el fondo de su pecho, y fué para nosotros el ángel pro-

teor. Nunca mujer alguna se ha portado con más abnegacion que Blanca en aquellos momentos. ¡Oh, cuán lejos estaba yo de sospechar la grandeza de su conducta! Se necesita tener un corazon tan grande como generoso para hacer lo que Blanca hizo conmigo.

»Confidente de Daniel y mia, como no podíamos vernos, á ella acudíamos mútuamente para comunicarnos las emociones de nuestras almas.

»Por fin, mi padre me arrancó de Madrid, y yo, despechada ante aquella violencia, juré no ser de otro que de Daniel, que tan pronto como se vió restablecido de su herida, se puso en mi seguimiento, viniendo á encontrarme en las orillas del lago Lemán.

»¡Oh! me espanta la idea de pensar la gran desgracia que pudo sucedernos cuando nos encontramos en Suiza; pero Dios sin duda no quiso que la vergüenza y el dolor nos mataran, y nos reveló á tiempo el terrible secreto de mi familia.

Clotilde se detuvo.

Abundantes lágrimas corrian de sus ojos, y una agitacion nerviosa hacia estremecer su cuerpo.

Porque Clotilde no podia recordar sin espanto aquella noche, en que un sacerdote debia unirla con Daniel para toda su vida; union sacrilega, union infame que estuvo á punto de realizarse, y que hubiera llenado de desesperacion sus almas, de vergüenza y oprobio sus frentes.

Ellos hubieran podido decir: «La inocencia escuda nuestro crimen.» Pero la sociedad, al compadecerles, no hubiera podido librarles del desprecio y del oprobio.

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPHO

Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.